



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad.—La
presente edición se publica de-
bidamente autorizada.

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Centro Gráfico Artístico, Rda. de Conde Duque, 3.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

Naufragio en el Puente-Rojo.

Hemos visto demostrada la inexactitud del relato de madame Dunoyer.

Hay que perdonar á la literata.

Había ido á París por unas cuantas semanas para que los parisienses apreciaran su belleza y su talento, no para contemplar escenas de matanza.

Nada tiene de extraño que emocionada viera cuatro asaltantes de una parte, cuando estaban de la otra, á no ser que confundiera los personajes y creyese que Blancrochet era el hombrecillo.

Téngase en cuenta que tenía que recurrir á las referencias del padre Cotton, parlanchín incorregible con pretensiones de conocer á todo el mundo en París, aunque nacido y criado en Londres. Hizo, pues, lo que pudo, y aun es muy sorprendente que la colaboración de una protestante convertida y de un teólogo inglés se acercase tanto á la verdad.

Pero es inútil discutir sobre ese punto, una vez que los dos capítulos precedentes han restablecido la verdad de los hechos.

Sin embargo, es posible que los otros espectadores de la ventana de la literata se hubieran asombrado mucho si les hubiesen asegurado que el andrajoso hombrecillo era nada menos que el conde Enrique de Lagardère, de quien tanto se hablaba en París desde hacía algunos meses.

Hemos visto que el nombre de éste no fué pronunciado durante la refriega.

Una estocada había detenido en los labios de Gualter Gendry la veleidad de pronunciarlo.

Sin duda tenía sus razones para ello, y la mejor prueba era su disfraz.

Así, cuando todos los bravos quedaron tendidos en el suelo, sustrayéndose á la ovación que deseaban hacerle los entusiasmados espectadores, se escabulló y desapareció furtivamente.

Cocardasse hubiera querido quedarse para saborear los aromáticos vapores del triunfo que, indudablemente, habían de mezclarse en su cerebro con otros más agradables y refrescantes.

Entre la concurrencia debía de haber muchas gargantas secas, y todos tendrían á honra beber en compañía del héroe.

Á Passepoil por su parte le parecía grato que las lindas espectadoras le felicitasen; y en cuanto á Berrichón, aunque bastante satisfecho de sí mismo para no creer necesarios los cumplimientos de los demás, nada prueba que su amor propio fuera insensible á los gratos cosquilleos de la lisonja.

Pero Lagardère cortó en seco todas las tendencias é inclinaciones á sacar el mejor partido de la victoria, haciéndoles seña de que le siguiesen.

No fué pequeña tarea la de librarse de la multitud: idas y venidas por calles estrechas y tortuosas, vueltas imprevistas en distintas direcciones y desaparición por casas de doble salida fueron tretas inútiles durante un buen rato.

Había sabuesos que olían todas las astucias.

El papel de triunfador tiene también sus inconvenientes.

Á la orilla del Sena Lagardère llamó á un barquero, le dió algunos escudos y le dijo:

—Toma. Acude á buscar tu embarcación dentro de media hora en el Puente de Tournelle.

El trato no era malo, pues aunque no hubiera vuelto á ver la barca, que era muy mala, salía ganancioso.

No opuso, pues, dificultad alguna, y los cuatro hombres entraron en ella, y pronto estuvieron en el centro del río.

El Conde soltó los remos y murmuró:

—Ahora podemos hablar. ¿Qué sucede en casa?

—¡Mal pecado! Que mademoiselle Aurora languidece de día en día.

—¡Pobre niña! ¡Tan cerca de ella, y no puedo ir á decirle: «Aquí estoy y no me iré más!»

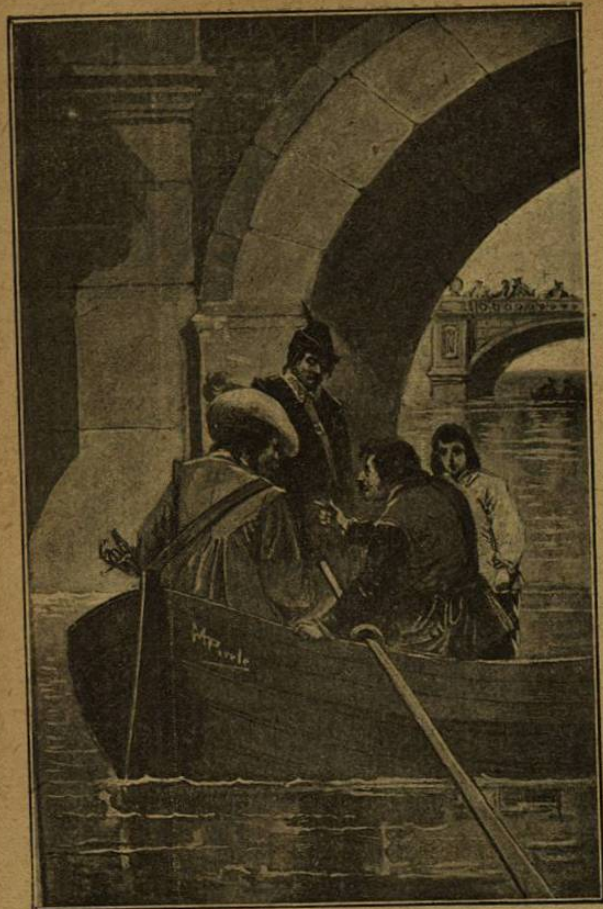
—¿Y por qué no, pichón? Ven en seguida á decírselo.

—No.

—Bueno. Sin duda tendrás razones que no nos atañen. Pero cuando la pequeña sepa que estás aquí y no vas á verla, llorará.

—No debe saberlo.

—¿Y no hemos de decírselo? ¡Bah!—dijo Passepoil.



—Ahora podemos hablar.

—No—replicó Lagardère irguiéndose.— Os lo prohibo. No discutáis, y obedeced. Que nadie le hable de mí ni le diga que me ha visto. Necesito estar completamente libre para acabar de una vez con nuestros enemigos, los cuales deben ignorar lo que ha sido de mí. Creen que desaparecí para siempre, y en el momento en que menos lo esperen surgiré para darles el golpe de gracia.

—¿Y qué podemos temer?—preguntó el normando.—Hemos destruído toda la banda.

—¡Vive Dios! ¡Y en cuanto á Gonzaga y Peyrolles deben de estar en el Infierno!—añadió el gascón

—Gonzaga y Peyrolles están en París—dijo melancólicamente Lagardère.

Un rayo que hubiese caído entre ellos no les hubiera producido mayor efecto.

—¡Sangre de Cristo!

—¿Desde cuándo?

—Ayer mañana entré con ellos por la Puerta de la Conferencia. Los tres íbamos disfrazados. Antes de dos días se les habrán reunido sus acólitos.

—¡No hay miedo! ¡Los enviaremos á reunirse con sus axiliares, á quienes hemos dejado ahora poco en el sitio!

—Me ocurre una idea—propuso Passepoil.—Si diésemos parte á la policía..

—Tu idea es mala, maestro Amable—replicó el Conde.—La prisión sólo nos libraría de ellos temporalmente. Puede uno escaparse de la Bastilla: la única prisión de que es imposible fugarse es del féretro.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Muy bien dicho! Pero el caso es que ahora correrá más peligro que nunca mademoiselle Aurora.

—Chaverny se basta para guardarla. Auxiliado por Navailles y por Laho, no tiene nada que temer.

—Y entretanto, ¿qué haremos nosotros?

—Vosotros recorreréis sin cesar las calles de París, y cuando halléis un jorobado, sea cualquiera el traje que lleve, le seguiréis para prestarle auxilio á una señal suya. Un jorobado principió el negocio, y quiero que un jorobado lo termine. Vosotros no sabéis dónde está Lagardère. ¿Lo entendéis? Yo sabré daros á conocer de vosotros, y os transmitiré diariamente mis órdenes.

—¡Bien!—murmuró el tolosano.—Los contrahechos me interesan, y no me costará trabajo ser amigo de todos los jorobados de París.

—Sin embargo, trata de distinguir los verdaderos de los falsos.

—¿Y si entre el montón el príncipe de Gonzaga reconociera á su Esopo II?

—No tengas cuidado. El día que me conozca, no necesitaré joroba.

—Trata de que sea pronto, muchacho, para hacer dichosa á mademoiselle de Nevers, así como á doña Cruz, y al Marquesito, y á tus pobres viejos maestros.

—¡La hora se acerca! Acaso suene dentro de ocho días; tal vez mañana. Se pierden muchas partidas sobre el tapete verde. Gonzaga ha querido jugar la última, y el tapete esta vez será rojo; rojo con su sangre.

El Conde reparó de pronto en la espada de Cocardasse, y todo un mundo de recuerdos se agolpó á su mente, retrotrayéndose con el pensamiento á la época en que la cinceló en Pamplona para proveer al sustento y cuidado de Aurorita. Se emocionó más de lo que hubiera creído.

—¿De dónde has sacado esa espada?— preguntó después de largo silencio.

El gascón se ruborizó. No quería contar su aventura del albañal ante Juan María, por no desmerecer á sus ojos; y lo primero que se lo ocurrió fué forjar una historia halagüeña. Pero reflexionando que podía omitir ciertos pormenores, contó sólo una parte de la verdad, elogiando en cuatro palabras á su nueva espada:

—Es una hoja excelente.

—La conozco; ha pasado por mis manos. Si otro que tú la llevara al cinto, se la reclamaría.

—¡Cuernos de Lucifer! ¡Tómala! ¡Está bastante bien templada para atravesar el cuerpo de Gonzaga!

—No, amigo; consévala, y haz buen uso de ella. Quizás no tarde mucho en pedírtela.

—¡Voto á brios! ¡Cuando quieras! Hasta entonces no estará sin trabajar en mi poder. ¡No tengas cuidado!

El Conde volvió á apoderarse de los remos, y bogó hacia la orilla.

—Mañana no sé dónde os veré, pero no os inquietéis por mí, y sobre todo, sed mudos.

—¡Qué lástima que no podamos consolar á las pobrecillas! Pero nos echaremos un nudo á la lengua. ¡No haya miedo!

La barca continuaba deslizándose; de pronto el gascón exclamó:

—¡Cuernos de Belcebú! ¡Tengo los pies húmedos! ¡Esta barca hace agua!

— Si — dijo Enrique sonriendo. — Hace rato que lo he observado, pero nos dará tiempo de llegar á la orilla. No os mováis, si no queréis que naufraguemos.

De un vigoroso impulso llevó la embarcación hacia la ribera.

Estaban cerca de ella, en las inmediaciones

del Puente Rojo, que luego se llamó puente de la Ciudad.

El Puente Rojo, de triste memoria, se había hundido muchas veces.

En 1634 había desplomado una procesión en el Sena, y no pudo resistir al cataclismo de 1709.

Reconstruído hacía pocos años, el 1717, quedaban bajo el agua restos de machones y soportes del antiguo, lo que hacía que los barqueros anduviesen por allí recelosos y aguza-dos los cinco sentidos.

Nuestros navegantes ignoraban este peligro, y la carcomida y podrida barca fué á dar con uno de aquellos obstáculos, llenándose de agua.

Aquel sistema de navegación no agradaba lo más mínimo á Cocardasse; era innato su horror al agua, y su aventura del albañal contribuyó á hacérsela odiar más. Comenzó, pues, á lanzar con el peor humor del mundo votos y ternos en inacabable letanía.

Juraba como un carretero.

—¡Nada de votos ni gritos!—le dijo Lagardère.—Nademos hasta los pilares del puente, y no nos costará mucho izarnos.

—¿Sabes nadar, Berrichón?—preguntó Passepoil.

—Como un pez, maestro. ¡No os preocupéis por mí!

Los cuatro hombres se vieron en el agua sin hacer por su parte el menor esfuerzo, y pusieron á nadar para llegar á los estribos del puente.

El improvisado concurso de natación no tardó en atraer al puente multitud de papanatas que gesticulaban y aullaban, sin ocurrírseles ir á buscar cuerdas.

Algunos, sin embargo, se proveyeron de pértigas con objeto, sin duda, de auxiliar á los náufragos cuando estuvieran bastante cerca.

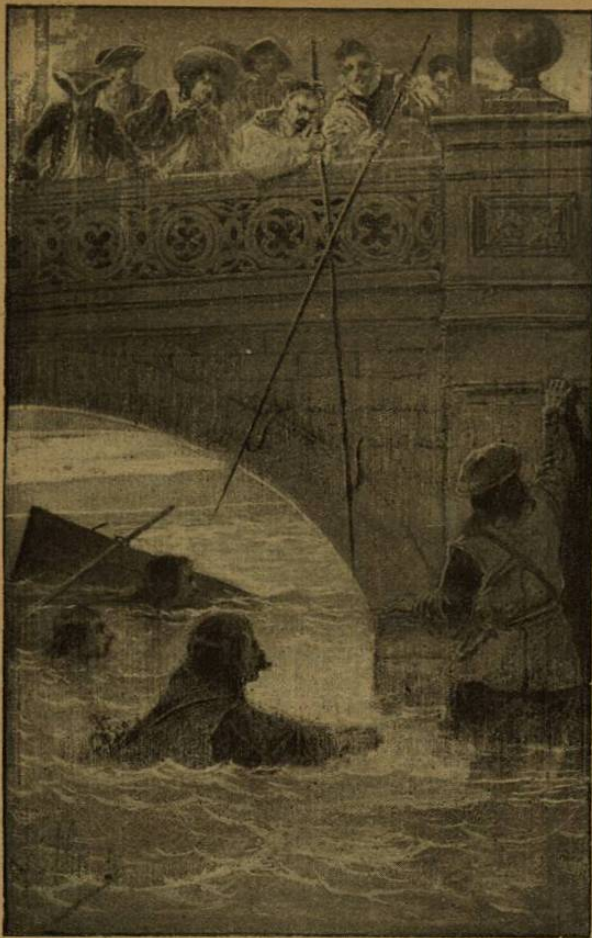
Para el contrahecho, cuya agilidad y fuerza conocemos, subir fué como cosa de juego.

Los otros, entre los vestidos y las tizonas tenían demasiado que hacer, y no observaron que Lagardère había elevado por encima de su cabeza sus alforjas, que se agitaban de un modo insólito, y de las cuales salió como un grito extraño que confundido con el rumor del agua y las exclamaciones de los curiosos, no se oyó bien, ó por lo menos no fué advertido.

Maese Cocardasse comenzó la ascensión ágilmente siguiendo á Lagardère.

El desagradable baño que acababa de tomar no le impedía lanzar gasconadas, pues necesitaba mucho para que se le anudara la lengua.

—¡Mala peste con el agual!—gruñía.—¿Por



Algunos, sin embargo, se proveyeron de pértigas...

qué no caeré en un lago de vino de Medoc, donde no tenga más que abrir la boca para beber hasta saciarme?

Mientras formulaba tan irrealizable voto, sintió en el hombro un violento dolor, y levantó la cabeza.

Mal le fué: su cráneo resonó como un tambor, y aturdido por el golpe, abrió las manos, dejó de agarrarse, y cayó al río medio desvanecido, sin saber de dónde procedía tan cobarde ataque.

Al mismo tiempo Passepoil era víctima de un atentado semejante.

Pero éste pudo ver por encima de la barandilla dos hombres inclinados y armados con sendas pértigas, los cuales, so pretexto de tenderse las á Cocardasse y á él, procuraban atontarlos á golpes.

No tuvo tiempo de reconocerlos, preocupado por ver si el Conde estaba expuesto también al mismo peligro, ó mejor dicho, si corría la misma suerte.

Y le percibió ya á caballo en la baranda, al mismo tiempo que nuevos, fuertes y ciertos golpes en las manos le obligaban á hundirse en el agua.

Ya en salvo sobre el puente, Lagardère miró, y sólo vió á Berrichón.

¿Qué había sido de los otros?

Buscó con ansiedad en los grupos; pero no vió más que rostros desconocidos y dos titiriteros que le miraron un instante y se alejaron con paso rápido.

No tuvo tiempo de fijarse en su faz sospechosa, muy interesado en averiguar el paradero de los diestros.

Por fortuna, mientras tanto llegaron unos barqueros que socorrieron y salvaron al gascón y al normando, los cuales después del formidable chapuzón habían reaparecido á flor de agua, sin fuerzas más que para sostenerse en la superficie adivinando que les llegaban auxilios.

Pronto se hallaron en tierra firme, y la muchedumbre los rodeó solícita.

Cuando vieron sanos y salvos á Lagardère y á Juan María, sus rostros se inundaron de júbilo; pero no tardaron en expresar terrible cólera, recordando lo que les había sucedido.

Amable sacó la espada, y comenzó á examinar uno por uno á los circunstantes con cara de pocos amigos.

Su actitud amenazadora sorprendió tanto más, cuanto que los presentes creían merecer gratitud.

Sólo Cocardasse comprendía lo que buscaba.

—¡No te molestes, pequeño! ¡Los bergantes

deben de haber puesto pies en polvorosa hace ya buen rato!

—¿Qué quieres decir?—preguntó el Conde. Los diestros relataron su aventura.

—¡Imposible!—exclamaron muchas voces. No hay entre nosotros gentes bastante viles para proceder así.

—¡Bah! Por eso es probable que ya no estén.

—La prueba de lo que digo la tenéis en mis manos. Mirad la señal de los golpes.

—Y yo podría mostraros algunas averías en el cráneo, y hasta en la nariz.

—¡Lástima de nariz! ¡Tan preciosa como es!—gritó socarronamente un pilluelo.

—¡Bribonzuelo! Cuando tú la tengas como yo, será señal de que pasó por debajo de ella tanto vino como por debajo de la mía. ¡En cuanto á esos bellacos, si los tuviera ante mi vista, les sacaría las tripas!

—¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¡Al agua con ellos!—aulló la multitud.

—¡Los enrodados están aquí! ¡Acaban de venderse!—murmuró Lagardère.

—¡Cuernos de Lucifer! ¡Caro han de pagarme el caldo indecente que me han hecho tragar!

Pero Nocé y Lavallade estaban ya lejos, y habían dejado á los demás que pescaran los

cadáveres de los dos diestros, esperando por su hazaña las felicitaciones de Peyrolles, y alguna recompensa de Gonzaga.

Sin embargo, no hubiera sido contra ellos contra quienes se habrían encarnizado, á sospechar que Lagardère acompañaba á los maestros. Pero no le habían reconocido en aquel contrahecho.

Sólo hacía una hora que estaban en París; por consiguiente, no se podía decir que habían perdido el tiempo.

¿Qué sería cuando la banda estuviese completa?

X

El café Procopio.

De toda la banda, ó más bien de las dos bandas de bravos pagadas por Gonzaga, sólo habían quedado con vida Rafael Pinto, el hijo de la turinesa, y Gruel, llamado el *Ballena*. Y como ambos, á pesar suyo, habían recibido algunas pulgadas de acero en sus tejidos, más ó menos adiposos, pasaría bastante tiempo antes de que el uno pudiera servirse de su brazo y el otro de su pierna.

Además, como el joven carecía de experiencia y el veterano estaba dotado de inteligencia obtusa, serían auxiliares poco menos

que inútiles, aun después de curados, pues sólo podía contarse con ellos para hacer número.

En aquella bendita época de espadachines no había barrio ni calle donde no hubiese carniceros de carne humana que se intitulaban pomposamente «cirujanos» y trabajaban á conciencia, aunque con poca ciencia. Menos modestos que su ilustre antecesor Ambrosio Paré, que decía: *Yo he cuidado; Dios ha curado*, ellos se jactaban de librar de la muerte á todos los clientes que curaban; y en verdad que no podían quejarse de falta de trabajo aquellos honrados practicantes, pues abundaban enormemente los miembros rotos y averiados.

Todos soñaban con atender á algún rico aristócrata; pero tenían que contentarse con misereros bravos, que muchas veces les pagaban sólo con insultos, bien que en buen número de casos no merecían otra cosa. Todo el bagaje científico de aquellos matasanos se reducía á algunas palabras latinas, hilas y vendas de mala calidad. Pero así iban pasando, algo cobraban, y la cantidad suplía á la calidad.

Los dos heridos de nuestra historia, retirándose de la liza antes de acabado el torneo, acudieron á uno de esos matachines, y el que les tocó en suerte, después de la primera cura dijo que la piel del joven era fina y la espada